

ni cabeza en un velo de oro, se presentó sobre un caballo, blanco como la espuma, ligero como las flechas.

Cuando la hermosa alzaba el velo, diríase que se rasgaba una nube de oro, y aparecía el sol.

La heroína de pie sobre el soberbio bruto, llenos los ardientes ojos de luz, y los labios de sonrisas, luciendo sus formas de estatua, mal cubiertas por un ropaje deslumbrador, fascinaba y enloquecía a los espectadores.

El Hércules la miraba con los apasionados ojos de Romco.

El sátiro, con las ardientes pupilas de D. Juan.

Terminada la función, pasó el príncipe al cuarto de la *écuyère*.

Dos días después, Delfina abandonó la compañía ecuestre, y fué instalada por el espléndido calavera en un hotel suntuoso.

El día siguiente de este suceso, flotaba el cadáver de Monteflor sobre las aguas del Sena.

El acróbata se había suicidado.

Si tuviéramos la esplendorosa paleta de Teófilo Gautier, pintaríamos la vida de goces, elegancia y fausto de la Venus de nácar durante sus amores con el bohemio real.

Con decir que sus trenes llamaban poderosamente la atención en el Bosque, que sus joyas eran costosísimas, y sus trajes imponían la moda, está hecho el bosquejo de su lujo y opulencia.

Delfina recibía a todas horas billetes amorosos de sus muchos adoradores; pero ella guardaba fidelidad absoluta al príncipe.

Cosa rara amaba a su protector, y le amaba apasionada y ardientemente.

a la manera de las heroínas de los tragedias.

Como a la posesión sigue el hastio, el sátiro rubio se iba cansando cada día más de la encantadora *écuyère*.

La visitaba muy de tarde en tarde, y este desdén hería de muerte el corazón de la enamorada.

El príncipe vió una noche en el teatro de la Gran Opera a una bella bailarina, y se prendó de ella. Inútil es decir que fué correspondido. La colmó de obsequios y presentes, y la hizo su querida.

Antes de abandonar para siempre a Delfina, fué a verla, y le expuso su determinación.

La Venus, pálida como la cera, oyó silenciosa las terribles frases de su amado. La desgraciada quiso contestarlas, y no pudo. Tan intensa era su angustia. Tal vez en aquellos momentos se acordaba del leal y enamorado Monteflor.

El príncipe, alegre y jovial, se despidió de ella, y le echó en la falda una cartera llena de billetes de banco.

Al punto la *écuyère*, con la altivez y dignidad de una reina ofendida, arrojó la cartera al rostro del sátiro. El calavera se encogió de hombros, y bajó la escalera del hotel.

Cuando el príncipe salió a la calle, una gran sorpresa le esperaba. Sobre las losas del *boulevard* yacía el ensangrentado cuerpo de Delfina.

La *écuyère* se había arrojado por un balcón, y estaba muerta.

MANUEL REINA.